

## LOS JESUÍTAS EN EL ECUADOR

La señal más inequívoca de que una cultura ha influido con plenitud en una época histórica es, sin duda, el precipitado arquitectónico y el acervo literario que ella ha dejado a su paso.

En efecto, las oscurecidas piedras labradas de nuestra ciudad pregonan el barroco de la cultura que acunara nuestro amanecer prerrepblicano.

Como la severa investigación literaria de nuestros siglos XVII y XVIII nos deja abocados ante el fenómeno ineludible del gran precipitado jesuítico de nuestra cultura.

"Basta observar - escribe en su libro "Cultura de Quito Colonial" el erudito dominico Padre José María Vargas -, la Antología de prosistas y poetas ecuatorianos para convencerse de que la Universidad de San Gregorio de los jesuitas fue hasta su clausura, el semillero del saber y la cultura para eclesiásticos, religiosos y civiles, que levantaran a Quito al nivel de Lima y Méjico, a quienes superó aquella en las Bellas Artes".

Analizar a grandes rasgos los hechos que produjeron este precipitado cultural, es lo que me propongo en esta breve monografía histórica.

### I. PERIODO DE INICIACIÓN (1574 - 1604)

#### 1º LOS PRIMEROS JESUÍTAS EN QUITO

El proceso de la población de nuestro país constituye la silenciosa epopeya de la raza hispana, muy más meritoria que la resonante de los guerreros.

¿Cómo fue este poblarse y cómo este nacimiento a nueva nación de nuestro país? De seguro muy diversamente de cuanto acaeció en otros pueblos. En vez de recibir trasplante de gente sin ruptura racial ni desnivel de costumbres, ni contraposición de religiones, aquí destruyéronse naciones para recrear una nación, trocáronse zonas de clima fácil por nocivo ambiente, desarticuláronse usos, artes y preferencias, y derrocáronse dioses en monoteísmo creador.

Las tres razas que destruyéndose un poco, intermezclándose un mucho componen el pueblo ecuatoriano, tuvieron peripecias disímiles.

El español al hacerse criollo se enfrentó ante una existencia social americana que desquició su antigua esencia castellana. El indio al hacerse mestizo desintegró su esencia de simbiosis vegetal para llegar a la existencia de una nueva estirpe intelectual.

El negro al hacerse mulato, fue esa perplejidad de esencias, con ese doble sentimiento de existencias para ser y no ser un ente de sociedad.

En este crisol de razas que se destruían para reconstruirse, en este amasijo étnico, religioso y social que voluntariamente fermentaba para llegar a ser lo que hoy vamos siendo, llegan los jesuitas a nuestro territorio, justamente a los cuarenta años del fenómeno social, étnico y religioso de la fundación española de Quito.

Las causas de esta tardía llegada, no es el momento explicarlas, pero valdría la pena buscarlas y criticarlas, pues jesuitas misioneros viajando por lejanas regiones del Asia, aparecen aun antes de la aprobación canónica de la orden en 1540, con Francisco Javier.

No voy a iniciar la historia, ni siquiera la crónica de los jesuitas en el Reino de

Quito; intentaré rápidamente hacer un escrutinio interpretativo de los principales sucesos que a mi parecer determinaron en nuestra historia y cultura el fenómeno jesuítico hispánico y republicano si lo hay, como ya he dicho.

Domingo de Bermeo fue, a lo que yo sepa, el primer quiteño que se planteó el problema de abrazarse con la Compañía de Jesús en 1575, en la ciudad de Lima.

Un año antes en misión volante llegaron a nuestro territorio los primeros jesuitas, el Padre Juan Gómez y el Hermano Miguel Marco por Guayaquil mientras por Chachapoyas y Jaén entraban los Padres Miguel Fuentes y Cristóbal Sánchez. Siete meses les duró el viaje hasta llegar a Quito en donde arrendaron una casa en la Loma Grande, cerca de Santo Domingo a cuyo convento iban a decir la misa cada día.

El primer documento oficial jesuítico que habla de un quiteño es por demás interesante para dejar de escudriñarlo. Por él sabemos que es mestizo, que domina el quichua, que con buena salud, mediano ingenio y juicio, tiene talento de pedagogo para la doctrina, la escritura y lectura pues era "buen escribano".

Solamente 19 años de fundada llevaba Quito cuando nació Domingo de Bermeo y por sus dotes y ciencias es monumento favorable para la historia de nuestra cultura.

"Humilde y obediente. . . está quieto y consolado en la Compañía" indica el documento de 1576. No fue sacerdote nos lo dice el catálogo de personas de 1583 sino hermano coadjutor de "buenas fuerzas".

Cristóbal Narváez hijo de Juan López de San Pedro y de María Narváez fue en cambio el primer estudiante quiteño, que también en Lima, pues no había noviciado en Quito, anudó su existencia el 8 de septiembre de 1585, con las reglas de la Compañía de Jesús. No sabemos las causas, pero tuvo que salir de la Compañía.

Volviendo a los padres de La Loma Grande debemos decir que con su apostolado y celo, dejaron como primera piedra millaria de ejemplo y estímulo para todos los demás que en el transcurso de los siglos trabajarían en el mismo suelo, el siguiente testimonio dado por su superior que es para la Compañía en el Reino de Quito su primera página de vida: "Fue grande la moción que se hizo predicando a la continua con mucho concurso de gentes. En todos estos pueblos acudieron gran copia de confesiones casi toda la noche y día, que no parece le quedaba lugar para reposar, cuanto menos para predicar. Día hubo de doscientas comuniones, que para aquella tierra era cosa de milagro".

Pero la orden era tan sólo la de misionar, y así, desandan el P. Gómez y el Hermano Marco el camino, para quedarse en Ambato el Hermano para siempre. Pues allí, nos dicen los Libros parroquiales se dio cristiana sepultura al primer jesuita, muerto en nuestro territorio.

Los otros dos jesuitas tampoco pudieron fundar una nueva residencia, pues a parte de las circunstancias adversas que surgieron en Quito por el interés de un cabildante, los superiores les ordenaron dejar la tranquilidad de la ciudad, para que se embarcasen como capellanes en la escuadra que iba a combatir a los piratas franceses que atacaban las costas del Pacífico.

Sin duda, hubo en los dos jesuitas en su humilde casa de la Loma Grande, grandes y profundos silencios, mientras en la rubia patena junto a la Hostia blanca crucificarían su propia voluntad en incruento sacrificio.

Y entre las acometidas de las olas del mar Pacífico y el atisbo de velas corsarias, sus

recuerdos volarían a la lejana Quito en donde el Señor había querido servirse de ellos para bien de tantas almas.

Abrir un colegio en el nuevo campo de misión les movía sobre todo el número y calidad de los indígenas y españoles como reza un documento contemporáneo:

“La misión de Quito que es una . . . de grandísima importancia en esta tierra. . . y hay grande aparejo para hacer grande fruto en indios y españoles”.

Este testimonio interno, pues está tomado de una carta del Padre Atienza al Padre General Aquaviva de 7 de agosto de 1585 está conforme con las descripciones que de esa época tenemos de Quito. Cito a Vázquez de Espinosa por ser menos conocida.

"La ciudad es de temple frío, de cielo raro y sereno, y llueve como en España desde octubre hasta marzo; es muy populosa tendrá vecinos Españoles más de 3.000 con mestizos, que son hijos de Españoles y de indias, sin entrantes y salientes por ser tierra de mucha contratación, y Camino Real y el paso forzoso de todos los que van de Tierra firme, y de Nuevo Reino al Piru; hay en ella mucha gente de servicio de indios, negros y mulatos, y en el distrito de las 5 leguas de la ciudad tiene más de 40 pueblos de indios muy grandes y poblados y muy abastecidos de maíz, trigo, maní, frísoles, y otras semillas con muchas frutas de la tierra y de España, que se dan en abundancia".

Por fin un 11 de junio de 1586 salen de Lima para Quito el Padre Piñas como superior, el P. Diego González Holguín, autor conocido entre los lingüistas por su gramática y diccionario quichua, el P. Juan de Hinojosa, que venía como lector de artes y el hermano coadjutor Juan de Santiago. Traían carta de recomendación del Virrey para el Presidente de la Real Audiencia. Pero sobre todo traían su ansia profunda de conquistar a los indígenas y hablarles en su idioma. No he tenido la suerte de encontrar la relación de este viaje, ni creo exista en nuestros archivos. Pero es de suponer que entrarían por Guayaquil, o quizás, seguirían el antiguo camino Real de los Incas hasta llegar el 19 de julio, a la distancia de dos leguas de Quito, desde donde se adelantó el Hermano de Santiago a preparar el alojamiento en el Hospital de la Caridad en la ciudad, como era la costumbre.

Al anochecer, para huir el recibimiento oficial, entraron los dos padres a la luz parpadeante de algunos faroles y descansaron de tan largo viaje en el Hospital. Mas al día siguiente no pudieron librarse de la visita que les hicieron los dos Cabildos, la Real Audiencia, la nobleza y otras personas que desde ese día 20 de julio de 1586 iban a continuar en su aprecio hasta la expulsión por Carlos III.

Saldrían los Padres al día siguiente por la ciudad, y luego de visitar al Señor Obispo, en la Plaza Mayor, se irían por el lado norte y noroeste de la ciudad para visitar les bohíos de los indios que eran uno de los principales objetivos de su venida. Se encontraron con que unos bohíos eran pobres y pequeños y otros en cambio, los de "los caciques y señores, grandes como una iglesia". "Aquí - sigue la relación anónima -, es donde hacen presencia y donde se juntan a beber. Duermen en otras casillas chicas que tienen cuarenta o cincuenta pies de largo y hasta diez y ocho en ancho; los unos y los otros cubiertos de paja". Allí les encontraron a los indios quitus con sus camisas cortas y estrechas sin mangas, que dejaban al aire brazos y piernas con abrigos de una vara y cuarta de largo por encima, el cabello largo sostenido por cintas en la frente o con aros de lana multicolor, del grueso de un dedo, los pies vestidos de alpargatas o sandalias.

Vieron que en uno de esos bohíos principales se bailaba con un lúgubre lamento mortuorio aplacando con sus cantos a los espíritus del mal.

Sintieron que todo el largo camino había sido corto para abrir cuanto antes otro nuevo frente de combate contra la ignorancia e idolatría.

Dos días después, por nuestra cristiana ciudad se anunciaba el primer sermón de un padre de la Compañía en la Catedral, fiesta de Santa María Magdalena. Fueron como dice el Padre Barrasa, "los de la Audiencia al hospital por los Padres, que avergonzados no sabían que hacerse con tantas honras, dándoles en la iglesia lugar entre los Alcaldes ordinarios".

En este escrutinio de nuestro nacimiento en el Reino de Quito es imposible no citar el primer documento oficial de la Real Audiencia, dándonos lugar y sitio para poder morar en Santa Bárbara, entonces extramuros de la ciudad, a la vez que notifica de esta su voluntad al Cabildo Eclesiástico, pues Quito se encontraba entonces en Sede Vacante. Dicho Auto oficial lleva fecha de 28 de julio, es decir ocho días después de nuestra llegada definitiva y se encuentra en el Archivo de la Curia Arzobispal.

"En la ciudad de San Francisco del Quito, veinte y ocho días del mes de julio de mil y quinientos y ochenta y seis años, los señores Presidente e Oidores del Audiencia y Chanchillería Real de Su Majestad dixeron que como es notorio agora de pocos dias a esta parte han venido a esta ciudad de la de los Reyes el Maestro Baltazar de Piñas y otros tres Padres de la Compañía del nombre de Jesús con licencia y orden del Provincial de la dicha orden para residir en esta tierra, y el señor Visorrey destos reinos por cartas escritas a esta Real Audiencia y a los Cabildos eclesiástico y seglar desta ciudad encarga mucho que los dichos Padres sean recibidos, acomodados y regalador por ser personas de muy buena vida y exemplo y que ellos como los demás de su Compañía han hecho mucho fruto y lo hacen en bien espiritual y predicación evangélica así a los naturales como españoles que en estas partes residen, los cuales dichos padres tomaron por posada el Hospital de la Caridad de esta ciudad en tanto que se les procuraba otro cómodo y porque al tiempo que esta Real Audiencia compró del Obispo deste Obispado el sitio y casa de Santa Bárbara de esta ciudad fue con intento de que en él poblasen los dichos Padres de la Compañía y que en aquella sazón se trataba de venir a fundar casa en esta ciudad, y por haberse dilatado su venida no se ha hecho y agora que han venido quieren los dichos señores que se cumpla lo que estaba ordenado y consultado, para lo cual mandaron que se notifique al venerable Deán y Cabildo de la santa Iglesia Catedral de esta ciudad Sede vacante que luego hagan desocupar y desocupen la dicha Iglesia y sitio de Santa Bárbara para que en ella se entren los dichos Padres de la Compañía sin que pongan impedimento alguno y así se les ruega y encarga lo hagan, pues es cosa que mucho importa y no lo dexen de cumplir por decir es parroquia, pues la misma parroquia se podrá pasar a la Iglesia de Santa Prisca, la cual esta Real Audiencia dará hecha y acabada, en lo cual ansí hacer y cumplir Dios nuestro Señor se servirá y lo mismo la Majestad Real y a toda esta República se seguirá beneficio y así lo mandaron. El Licenciado Lorenzo de Auncibay. El Licenciado Pedro Venegas del Cañaverál. Yo Diego Suárez de Figueroa Escribano de Cámara fui presente".

La carta oficial en cambio que la Real Audiencia enviara el 8 de febrero de 1587 al Rey Felipe II anunciándole la fundación de la Compañía de Jesús en el Reino de Quito, por desgracia, no nos ha sido dado hasta ahora encontrarla ni aquí ni en Sevilla. En cambio existe la contestación real que dice así:

"EL REY

Presidente y Oidores de mi Audiencia Real que reside en la ciudad de San Francisco de la provincia de Quito: Por la carta que me escribistes en ocho de Febrero del año pasado de mil y quinientos y ochenta y siete, he entendido haber llegado a esa ciudad con intento de fundar casa y hacer asiento en ella religiosos de la Compañía de Jesús, con que esa República había recibido contentamiento; y pues de tan buena y santa compañía se le ha de seguir tan buen exemplo y bien espiritual, por cuya causa es muy justo ayudar a esta obra, os mando tengáis mucho cuidado della y de favorecer a los religiosos para que en su pobreza se conserven haciendo el mucho fruto que se espera. De San Lorenzo, a cinco de Julio de mil y quinientos y ochenta y nueve años.

YO EL REY".

Es increíble la actividad que desplegaron los padres en el ministerio de la predicación. Luego de su primer sermón en la Catedral se dio principio a una misión general que duró diez días en diversas iglesias de la ciudad. Terminada ésta, no se dejaron los sermones sino que todos los viernes en la plaza pública predicaba el Padre Piñas ante los miembros de la Audiencia y demás oyentes que se hacían llevar sus sillas y asientos. Los días de lluvia predicaba en la Catedral o en otras iglesias.

Testimonio de esta actividad y celo es el documento, fechado en Quito a 14 de febrero de 1587, en que Fray Juan de León, Comendador de Nuestra Señora de la Merced pide que los padres de la Compañía del nombre de Jesús no sean preferidos en los sermones a sus frailes. El Cabildo Catedralicio escuchó la demanda y pidió a los Padres de la Compañía que se atuviesen a la costumbre que tenían en Lima.

Pero la predicación que más llamó la atención fue la que se inició para sólo indígenas y en su propia lengua, gracias a los profundos conocimientos que de ella tenía el P. Diego González Holguín que la había ejercitado por varios años en el Cuzco.

Ponderemos este ministerio de los Padres al fundarse su orden en nuestra ciudad de Quito. Les toca ocupar la parroquia de Santa Bárbara, en barrio indígena de Hanak-Huari, "suburbio", en donde se había pretendido funcionase el primer Hospital para Indios en tiempo del Obispo de la Peña. Todo este barrio estaba rodeado de pequeñas colinas llenas de indios que por descuido de los anteriores curas habían vuelto a sus idolatrías y en sus cercanías, pasaba sus días de ostracismo el primer obispo que hiciera solicitud de padres de la Compañía para una ciudad del Reino de Quito, en 1565, Fray Agustín de la Coruña, obispo de Popayán y que en vida conociera a San Ignacio en San Agustín de Salamanca.

"El auditorio de indios, era cinco mil personas de indios, dice el P. Barrasa y venían desde dos leguas a la redonda y se quedaban de asiento algunos días y los de fiesta concurrían los pueblos vecinos traídos para el efecto por los mismos curas".

Para la psicología de los indígenas que venían como todo un pasado de arte, religión y tradiciones se desmoronaba, volver a oír en su lengua, - en la impuesta, por lo demás, por los Incas -, ideas de Dios, consuelo Y sobre todo buscaban los fundadores la instrucción de los niños para quienes todos los domingos por las tardes establecieron las procesiones de la doctrina cristiana por las calles, al modo de las que tenían para los indios, en las que cantando y rezando llegaban a la iglesia del barrio y luego de una exhortación final les despedían.

Después de algunos años de estar con nuestros indios el Padre Diego González Holguín imprimió en Lima su famosa "Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quichua o lengua del Inca. Añadida y cumplida en todo lo que le faltaba de tiempos y de la Gramática y recogido en forma de Arte lo más necesario en los dos primeros libros. Con más otros dos libros postreros de adiciones al Arte para perfeccionarla, el uno para alcanzar la copia de vocablos y el otro para la elegancia y ornato". Tal el título y subtítulo del precioso y rarísimo libro que en más de una de sus advertencias menciona la lengua y formas de hablar el quichua de nuestros indios de Quito, a fines del siglo XVI.

## 2º EL TERREMOTO DE 1587

En la casita de un piso y cubierta de paja de Santa Bárbara del Hanák-Huari, y que era una de las primeras que se habían construido en Quito, reinaba santa alegría por la venida de cuatro nuevos compañeros, los Padres Juan de Anaya, Jerónimo de Castro y Onofre Esteban con un hermano coadjutor. Pero muy pronto esta alegría se vio apagada con los rugidos ensordecedores del volcán Pichincha que comenzó la noche del 29 de agosto y no terminó sino el 3 de septiembre. El 30 de agosto a las ocho de la noche acaeció el terremoto que por los desastrosos resultados fue de gran magnitud, si bien "la Historia breve de los principales

terremotos" publicada por el Observatorio nacional en 1959, lo omite, sin duda, porque las actas del Cabildo desde 1577 a 1596 han desaparecido. Por ello creo de importancia nacional el transcribir la carta del P. Juan de Hinojosa escrita desde Quito a 12 de septiembre de 1587 en la que como testigo de vista nos dice así:

"En esta daré a V. R. relación de un terrible temblor de tierra que hubo en esta ciudad que causó extraordinaria admiración, así por ser nunca vista en esta ciudad, como por la terribilidad del. Y en general digo que en mi vida nunca he visto tan espantosa cosa, y los padres que acá están dicen lo mismo. Fue a los 30 de Agosto a las ocho de la noche. Estábamos todos juntos, y en sintiéndolo salimos todos al patio donde nos hincamos de rodillas esperando sin duda el fin de nuestros días. Porque en saliendo al patio, y puestas las rodillas en el suelo dimos todos en tierra que no me parecía la tierra y el suelo sino mar con unas olas y altos y bajos, que quedamos desvanecidos como quien da vueltas a la redonda. Con el movimiento de las torres se tañían las campanas. Pensamos que se abría la tierra, como se hizo en otros pueblos cerca de aquí. No vino el temblor avisándonos, sino de golpe, sin ruido; duró obra de dos o tres credos, que si más durara no quedara casa ni pared enhiesta. Pero fue Nuestro Señor servido que no duró más con aquella fuerza, y aunque hasta ahora hay temblores, no es cosa que da pena. Salimos luego por la ciudad el Padre Diego González y yo con linternas cada uno por su parte y rodeamos toda la ciudad, confesamos y animamos y consolamos al pueblo que lo había bien menester y lo estimaron en mucho. Acudió luego mucha gente a nuestra casa, temiendo por cierto la iglesia y nuestras chozas se habían caído, y fue Nuestro Señor servido que en toda ella no se halló una hendidura, ni recibió lesión alguna, que causó admiración, por ser el edificio flaco y no con mucho fundamento y muy antiguo de más de 40 años, que dicen fueron las primeras casas que en esta ciudad se edificaron, y que ahora 14 años estuvieron los moradores de ellas por derribarlas por este respecto. En la ciudad hubo mucho daño, la iglesia del convento do Santo Domingo cayó en tierra y los claustros que eran muy buenos y bien edificados no quedan de provecho, y casi no queda celda donde poder habitar, que es grande lástima. Duermen en toldos, en los patios y huertas. En el convento de San Francisco hubo también averías, en especial la iglesia, con ser muy fuerte, la cual quedó sentida mucho en algunas partes, y en San Agustín y en la Merced también hubo harto daño. En la iglesia mayor hubo notable daño, en especial en la torre y campanario. Cayéronse muchas casas y muchos tejados de otras, y si las paredes no fueran más fuertes que las de Lima, dicen se hundiera todo el pueblo y las casas no son tan altas que también fue ayuda. Los que se hallaron en Lima al temblor del año pasado, dicen que fue mayor éste en la intensión, aunque no duró tanto tiempo. Muriera mucha gente si fuera más de noche. Murieron ocho indios y una mujer española en la ciudad, y hubo otros descalabrados. Hízose luego aquella noche una procesión y disciplina de sangre desde la iglesia mayor a nuestra casa, y hubo hartas confesiones en que se vio no pequeño fruto y muchos han continuado el hacer disciplina otras noches. En el pueblo, legua y media de esta ciudad, murieron dos españoles y quince indios y se abrió la tierra y echó un buey (sie) de agua negra y de mal olor; Lo cual me dijo un fraile que tenía a cargo la doctrina de aquel pueblo, en el cual no quedó casa en pie que no cayesen. En otro pueblo llamado Guallabamba murieron dos españoles y no quedó casa que no se asolase, y el Corregidor de allí me afirmó que veía hervir la tierra y derribarse algunos cerros y abrirse en algunas partes la tierra y quedar tan abierta que se podían esconder veinte hombres en algunas concavidades. En otro pueblo tres leguas de aquí, que es el más regado valle que hay en estas partes, que se dice Pomas (Pomasqui) de mucha frescura y fruta, han edificado los vecinos de aquí casas muy principales, murieron aquí veinticinco indios, lo que dio más lástima una mujer casada y principal preñada con sus hijos y criadas y sobrinos que eran por todos 17 personas. Se cayó la casa del todo, y a todos los mató, sin que se librase más que una niña suya de tres años que sacó una moza huyendo del temblor y una negrilla hasta trece años, que cavando la casa, a cabo de dos días, dio voces y la hallaron libre, metida debajo de una viga. Fue un padre de casa a consolar al marido., que quebraba el corazón verle llorar teniendo la niña en los brazos. Todas las casas, se cayeron a fundamentis y una iglesia que estaba allí muy principal con mucha cantería, y nuevas celdas de frailes Franciscos se asolaron y destruyeron y dicen que apenas hallaban el Santísimo Sacramento. Sacaron a un fraile de debajo de la tierra casi sin sentido. Cayóse una parte del cerro y mató mucho ganado de cabras con otros indios muchos que dicen estaban bebiendo en una borrachera y que ninguno de ellos escapó.

Otro pueblo seis leguas de aquí se despobló cayéronse muchas casas y el fraile que los doctrinaba me certificó, que por cuenta, murieron ochenta indios.

En Otavalo, doce leguas de esta ciudad, murieron cincuenta indios y el Corregidor de este pueblo, en el cual hay una grande laguna, la cual reventó y anegó mucha parte del pueblo; y todo él anda muy atemorizado. Todo esto ha sido un sermón muy vivo y eficaz para este pueblo, y hase acudido a predicarles en las iglesias y plazas predicándoles hagan penitencia y aplaquen a Dios que se muestra tan

airado contra esta tierra. Su Majestad se apiade de todos y nos disponga para una buena muerte. Quito 12 de Setiembre 1587. Joan de Hinojosa S. J."

Este documento aparte de darnos una fuente histórica para nuestra sismología, puesto que como queda dicho los documentos desde 1577 a 1596 han desaparecido del Archivo Municipal, si lo escudriñamos brevemente, nos indica cómo en pocos días los jesuitas calaron hondo en la sociedad de españoles e indios. Si no ¿por qué la procesión, que se inicia en la Iglesia Mayor, termina precisamente en nuestra iglesia, cuando existían otras con más años de culto?, ¿por qué en las historias de las otras religiones no consta este acontecimiento, que en verdad es digno de anotarse, para saber la labor de sus propios hijos?

Por entre las viejas calles enlodadas, veo al Padre Hinojosa, y al Padre González desafiando el miedo natural y la obscuridad de la noche, mal alumbrados con faroles, ir rodeando la ciudad, confesando y animando a todos en general, a los españoles en castellano y a los nativos en quichua, "cosa, dice la narración, que estimaron en mucho".

### 3° LA PESTE DE LAS VIRUELAS. 1589.

Si entre el desmoronarse de nuestro suelo se cimentaba el aprecio por los nuevos padres del Nombre de Jesús por su caridad y valentía, las epidemias y pestes fueron también nueva ocasión para consolidar la estima que de ellos iba formándose en la ciudad de Quito.

Por entre las verdiazuladas aguas de Cartagena había entrado un navío que traía enfermos de viruela, la mayor parte de los cuales murieron antes de llegar a tierra, contagiando con su microbio a toda la América Meridional. Parece que en Quito el estrago fue mayor y los indios fueron los más afectados; pues desde el mes de Mayo a Junio, según el P. Juan de Velasco, "murieron en sola la Capital cerca de treinta mil habitantes, de cosa de ochenta mil que contaba a la sazón; y a proporción en toda su comarca. El mismo mayor efecto se observó en todas las otras ciudades y poblaciones que estaban bajo la Línea, en el Gobierno de Cara y Quijos, que quedaron casi destruidos, especialmente el de Cara que nunca más volvió a tener Gobernador".

De inmediato los seis padres se dispersaron por toda la comarca y con las limosnas que habían recibido iban repartiendo consuelo, alimentos y paz para los cuerpos y las almas. Poseedores del idioma quichua lograban el contacto personal con tantos indios que enfermaban o morían. Para aplacar a Dios Nuestro Señor durante el mes de junio expusieron al Santísimo de continuo en la iglesia de Santa Bárbara, donde velaban por turno los alumnos de Gramática cuyo curso se había abierto ya el año anterior de 1588.

La enfermedad no respetó a nuestros padres. Algunos enfermaron y murieron como el P. Juan de Hinojosa, uno de los cuatro fundadores del Colegio, en julio de 1589. Sus exequias solemnes fueron costeadas por la ciudad, que en gran concurso, acudió a la Catedral en donde se llevaron a cabo.

El celo y sacrificio de los Padres, durante la peste que había sufrido la ciudad, fue nueva causa para incrementar el amor y veneración por todos ellos, en especial, de parte de los indios, que juntamente con los españoles, pagada la plaga, acudían a nuestra casa con toda clase de granos, para que desde allí se continuase la repartición de alimentos a tantas familias que acudían a nuestras puertas en busca de sustento.

Entre todos los padres sobresalió por su trabajo con los indios el P. Onofre Esteban que conocía perfectamente el idioma quichua y había comprendido su psicología mejor que nadie. Todos ellos querían ser atendidos por el Padre para ser bautizados o morir en sus manos. El no descansaba hasta darles cristiana sepultura y asegurar con limosna a los que quedaban con vida. Para quien estudia los documentos de esta época primera de la Compañía de Jesús salta a la

vista la entusiasta acogida que ellos reciben de parte de la sociedad y en especial de los indios. Y uno se pregunta: ¿por qué?

Creo encontrar la respuesta en dos testimonios que no son precisamente de parte interesada, es decir de los jesuitas, sino de dos personas, que al menos la una, no fue siempre partidaria de la Compañía de Jesús.

El primer testimonio es de Diego Rodríguez de Ocampo, quien fuera encargado por su Obispo, Ugarte de Saravia, para que en 1649, escribiera como persona "inteligente, veraz y digna de confianza" la descripción y relación del obispado de San Francisco de Quito y a quien, la Real Audiencia confiara la redacción de la Historia General del Reino de Quito, que es en rigor nuestra primera Historia y, que por falta de recursos económicos no pudo ser publicada.

Este sacerdote nos dice una verdad que sentíamos pero que no la acabábamos de creer, que fueron los jesuitas los primeros religiosos que de un modo sistemático, organizado y constante se entregaron a la predicación, catequización y civilización de nuestros indios tanto de la Sierra, como del resto de nuestro territorio .

Dice la interesante como rara Descripción: "Este Padre Onofre Esteban fue el primer sacerdote que tomó a su cargo el predicar y doctrinar a los numerosos indios que había en esta ciudad y su provincia, que los halló como recién venidos a la fe; ejercitándolos en la confesión, oración y santa fe, como tan gran lenguaraz en la general del Inca; de este ejercicio, que continuó hasta su muerte, sacó y dejó muchos indios instruidos, devotos y dados a los Santos Sacramentos; hizo congregación de esta numerosa gente en veneración de Nuestra Señora de Loreto, que al presente hay Capilla insigne en ella, donde se juntan a oír los sermones y ejemplos y se hacen las confesiones, y en días particulares y cuaresma, las disciplinas y penitencia de los que ya conocían lo que habían ignorado; de la cual gente han salido muchos de vida virtuosa y que de pueblo en pueblo, con operarios de la Compañía, han hecho gran fruto en lo espiritual, evitando hechicerías, encantos y otras supersticiones; fue parte para que recibieran los naturales el Sacratísimo Sacramento, ganasen jubileo y se les diese el Santo Viático en sus muertes; gran predicador, fervoroso, que salieron muchos convertidos y dados a penitencia con confesiones ordinarias; y haber hecho este gran servicio a Nuestro Señor y a su Iglesia, ha sido notorio y consta por menor en el tratado que de su vida hice, al que me remito.

Y por muerte de este virtuoso Padre quedó en el padre Luis Vázquez, natural de Cuenca, criollo, profeso de esta Compañía, el imitarlo con el santo celo que siempre ha mostrado, continuando este servicio incesablemente como es notorio".

El mismo historiador Rodríguez de Ocampo nos indica la confirmación de la verdad dicha cuando en su entierro nos dice que "acudió tanto número de indios e indias con cirios de cera encendidos en las manos y lágrimas y sollozos, que fue cosa lamentable el ver tal sentimiento, llamándole de padre a voces; y al fin unos y otros, cortando de su mortaja, como para reliquias. ... Murió a 3 de noviembre año de 1638".

El segundo documento que nos confirma en nuestra aseveración es el de González Suárez, en el tomo primero de su inconclusa Historia Eclesiástica. Dice así: "La Consagración con que los Padres principiaron a ejercitar el ministerio sagrado fue admirable: su celo no dejó olvidada ninguna clase social: fundaron en su nueva iglesia seis congregaciones o asociaciones piadosas para clérigos, seculares, mestizos, indios y negros, cada una de las cuales tenía fijada una hora respectiva el día Domingo, para oír la plática que les hacía el Padre encargado de su dirección. Los Jesuitas fueron, los primeros que hicieron que los indios participasen con frecuencia de la Sagrada Comunión, instruyéndoles prolijamente en la doctrina cristiana y acostubrándolos a practicar las virtudes, que ella nos enseña. Los mestizos solían todos los primeros domingos de cada mes dar a comer a los enfermos del hospital, yendo aquel día a ocuparse en servirlos y regalarlos: los indios daban cada año una comida pública a todos los mendigos de la ciudad, contribuyendo para ello cada uno con un real.

En uno de los días destinados para la comunión general de los indios, después de una procesión solemne del Santísimo Sacramento, hecha con grande devoción y silencio, se representó públicamente una pieza dramática, El Convite de Asuero, cuyo asunto, alusivo a la Eucaristía, estaba sacado de la

Biblia.

Había entonces en Quito un número considerable de indios ciegos, que andaban discurriendo por los campos y por las calles de la ciudad pidiendo limosna: los Jesuitas alcanzaron a comprender las ventajas que resultarían haciendo de aquellos mendigos otros tantos catequistas. Compusieron, pues, en castellano y en lengua del Inca coplas o cancioncillas sobre nuestros misterios, para que los ciegos las cantasen en, las calles y en los campos, en vez de los cantares, unas veces ridículos y otras también obscenos, con que solían divertir al pueblo para pedir limosna.

A todas estas ocupaciones en la ciudad añadieron los Jesuitas la de las misiones rurales en las villas y aldeas y hasta en las miserables poblaciones de los indios. Todos los años, llegada la Cuaresma, iban a algunas de las grandes ciudades a predicar: el fruto que un año produjeron estas misiones en Cuenca y en Pasto fue admirable".

"La Historia del Nuevo Reino y Quito" escrita por el Padre Pedro de Mercado muchos años antes que la del P. Juan de Velasco es muy buena confirmación de los dos testimonios; pero únicamente deseo citar una página suya porque en ella se encuentran también datos valiosos para la historia de las religiones aborígenes.

"Con este religioso fin envió el padre Rector del Colegio de Quito al padre Onofre Esteban y al padre Gabriel de Alcalá, operarios insignes de indios, para que en el contorno de las cinco leguas de esta ciudad ejercitasen su fervoroso celo. De pueblo en pueblo iban caminando con mucho fruto de las almas. Llegaron a uno que contenía mucha gente y de toda esta era la mayor parte idólatra; tenían muchos dioses penates y muchos ídolos en sus casas, y no contentos con esto en dos cerros que estaban enfrente del pueblo tenían dos ídolos célebres, mal formados en dos grandes piedras las cuales se veían desde las casas de los indios, y así saliendo estos de ellas por las mañanas era su primera acción adorarlos haciéndoles reverencia con disimulo, y de cuando en cuando ocultamente les ofrecían sacrificios".

No nos extraña, pues que el P. Onofre Esteban fuese quien diera comienzo a las misiones entre indios salvajes. Con veneración y cuidado se conservan en nuestro archivo las primeras páginas de esta gloriosa documentación de nuestras misiones entre infieles, que dieron comienzo con los indios Colorados de las montañas de Angamarca, en el año de 1592.

Por fin como confirmación de todo lo anterior citemos este párrafo de la Crónica anónima de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú escrita en 1600, que dice así: "los domingos y fiestas principales por la tarde .se hacen otros dos sermones en la plaza yendo con sus procesiones, cantando la doctrina, los indios por una parte y los niños de las escuelas por otra, de los cuales ay una decuria, que está a cargo de un hermano, para enseñarles las oraciones y catecismo, y asimismo otros dos sermones, uno los españoles y otro los indios, y a estos y a los ordinarios de todo el año ay siempre notable número de oyentes; pero el de los indios es tan grande que no caben en la iglesia. . . La frecuencia de las confisiones es tan grande, que nunca faltan en todo el año a dos padres que están ocupados en este ministerio y uno de ellos que suele contar los que confiesa, hizo el año pasado de noventa y nueve, más de dos mil y quatrocientas confisiones más que el otro antes, en el qual auía confessado un número bien grande de españoles e indios".

Y precisamente esta Crónica anónima concuerda con las deducciones a que hemos llegado, cuando escribe: "Con el crecimiento de los ministerios a sido nuestro Señor servido que también a crecido el fervor y devoción de la ciudad, y juntamente la opinión y estima que todos tienen de la Compañía".

#### 4º LA REVOLUCIÓN DE LAS ALCABALAS Y LOS JESUITAS. 1592.

Entre los motivos que se reservó Carlos III para expulsar a los Jesuitas de sus dominios en 1767 y que fueron indicados en la "Exposición sumaria de los excesos cometidos por los Jesuitas" y que se remitió a Roma para entregar al Papa Clemente XIV figura nuestra Revolución de las Alcabalas en la que los Jesuitas, según dicha Exposición, fueron los

instigadores y favorecedores.

En cambio si hojamos el libro de Luis Alberto Sánchez "El Pueblo en la Revolución Americana", nos encontramos con que esta revolución económica terminó porque "los jesuitas consiguieron minar a los alcabaleros".

Para enjuiciar la actitud de los jesuitas, crucificados, ayer como hoy, entre el odio y la lisonja, menester es buscar la documentación y tratar de hallar la verdad objetiva entre los documentos adversos, los favorables y los imparciales.

Para este acontecimiento como para tantos otros de los llamados "excesos cometidos por los Jesuitas", por el Real Consejo de Castilla, se tropieza con el hecho incalificable pero histórico, de que la parte interesada hizo desaparecer muchos documentos de los Archivos oficiales, como confiesa el Fiscal del mismo Consejo, Don Francisco Gutiérrez de la Huerta, en su famoso Dictamen presentado y leído en el mismo Consejo de Castilla en 1815, cuando se trató del Restablecimiento de la Orden de Ignacio de Loyola.

Buscar en las historias o crónicas de las otras órdenes es enzarzarse sin motivo, por ahora, en polémicas insustanciales de vana competencia.

Dejo a un lado pues, la Historia del P. Juan de Velasco como las otras relaciones de los jesuitas por ser de parte interesada, como la interesantísima y rara narración del P. Diego de Torres Bollo que fuera el rector de los jesuitas de entonces y que tomara parte tan principal y decisiva.

Voy a escudriñar en tres autores que por suerte también estuvieron en Quito en la primera de las revoluciones, la de las Alcabalas.

Don Pedro Ordóñez de Cevallos en su "Historia y Viaje del Mundo" rarísima vez consultado, alguna vez discutido y casi nunca compulsado con otros documentos, en sabroso castellano, nos narra cómo fue llamado a Quito por el Provisor el licenciado Francisco Galavis "y possé en su casa, donde me dixo grandes cosas acerca de las alcabalas y quan odiadas eran de todo género de gente". Ordóñez de Cevallos, quien de paso confirma la narración de Juan de Velasco - para quienes la llamaron leyenda - luego de indicarnos cómo, entre bromas y veras, se comenzó esta revolución nombrando "un rey, un príncipe de la libertad y desta manera a todos los demás, hasta llegar el secretario de la junta a prometer "que iría por Buenos Aires a Inglaterra, y traería socorro de gente", va dándonos pormenores que ningún otro historiógrafo conoce puesto que tuvo acceso privilegiado al escenario de los acontecimientos, como él mismo lo confiesa: "En todos los días acudí a la Real Audiencia, y hize todo aquello que un fiel Capellán pudiera hazer". Pero ésta no es la ocasión de narrarlos, sino ver qué nos dice sobre la actuación de los jesuitas en esta primera gran Revolución .

Cuando el pueblo alborotado acudió a las Casas Reales y más amenazadora se mostraba la turba, Ordóñez de Cevallos afirma textualmente lo siguiente: "Acordeme del Arcediano, y Provisor y salgo por un postigo con Juan de Aldaz un vizcaíno, que sirvió mucho en estos negocios. El Provisor estaba ya apercebido, y huviera ido a la Iglesia por el Señor, sino que estaban las calles de la Plaza tomadas. Dixe en entrando: Ea Señor Previsor, por Dios, por su Rey, y su Ciudad acuda a lo tratado. Dixo: A dónde iremos, que todos los conventos y Iglesias están cerradas. Dixe: A la Compañía de Jesús, que para servir a Dios, y al Rey, siempre está abierta; y era la verdad, porque aunque todos acudieron, estos santos Religiosos, se auentajaron. Fuimos allá, y luego abrieron, y salió el Padre Rector, y con la santa Custodia escondida venimos a tiempo". Después de seguir narrando los demás incidentes cuando ya llegaron a la Catedral o Iglesia Mayor, como dice el escritor, añade: ". . .el Rector hizo una plática de la veneración del Santísimo Sacramento, y acabado acompañaron al General Arana hasta las Casas Reales".

Tampoco Diego Rodríguez de Ocampo en su Relación y Descripción escrita en 1649 dice nada que contradiga la actitud del Rector, P. Diego de Torres, en la Revolución de las Alcabalas que en verdad, como luego diremos y probaremos, fue nuestro primer grito de Independencia absoluta.

Por suerte he podido dar con el testimonio más fehaciente y probatorio para confirmarnos en que anduvo muy engañado Carlos III cuando nos inculpó esta Revolución. Se trata nada menos del acta que ante notario público, el escribano real, Gaspar Fernández diera en Quito a 10 de marzo de 1594, el mismo General Arana, que fuera el general nombrado para pacificar estos reinos y dice así: "Pº de Arana etc. digo que desde el principio de las alteraciones passadas de esta ciudad, se señalaron los de la Compañía de Jesús como leales vasallos de su Magd., acudiendo a su seruicio, procurando reducir a él algunas personas de importancia, y de otras muchas tubieron otros muchos auisos que dieron a la Real Audiencia muy necessarios e importantes, y llegado a mediado de enero de nouenta y tres el Pe. Diego de Torres, Rector del collegio de la Comp. de Jhs. de Quito, por orden que traxo de su Provincial y del Virrey de estos reynos y mío, trató de muchos medios con el cabildo y gente alterada, para que ubiese paz y todos acudiesen al seruicio del Rey nuestro Señor, el qual exortó al pueblo predicando -primero que otra persona alguna, con mucho zelo y riesgo de su persona, lo qual a mi parecer fue causa para que los señores Dotor Mera, oydor, y el licenciado Orozco, fiscal, saliesen de esta ciudad con otras personas a la uilla de Riobamba, donde yo estaba con el real estandarte, lo qual importó mucho así pa que los alterados no matasen a toda la Audiencia, como pensaban viendola dividida, como para que toda la tierra entendiese la conformidad y unión que entre la Real Audiencia y mía avía en el seruicio de su Magestad, y acudiesen todos a él, para lo qual y a la pacificación y desengaño, ayudaron notablemente los sermones y pareceres que el dicho Pe. Rector y sus religiosos hicieron en la villa de Riobamba y en esta ciudad, y los medios de paz que yo representé a los alterados por medio de los dichos religiosos; los quales asimismo ayudaron a que Joan de la Vega fuese al real estandarte de mi cargo, y después auiendo yo entrado en esta ciudad con la gente de guerra al castigo de los culpados y asiento de las alcabalas, por mi orden y de la Real Audiencia, confesaron y trataron los de la Compa. a todos los justiciados, y les hicieron hacer muchas declaraciones de grande importancia para la justificación y honor de la Real Audiencia, asiento de la tierra, descargo de las almas de los justiciados; y persuadieron a mucha gente de la ciudad para que por peticiones pidiesen el asiento de las alcabalas, como lo hicieron, lo qual fue vn medio muy efficaz para el buen asiento dellas; y finalmente en todas las ocasiones que se han ofrecido del real seruicio y de su virrey y mi ayuda y bien de esta ciudad, han seruido el dicho Pe. Rector y sus religiosos con mucha fidelidad, zelo y cuydado, tiniendole contino, como me ha constado, en sus sacrificios, oraciones y plegarias, que han hecho públicas y secretas, de ayudar como leales vasallos y capellanes del Rey nuestro Sor. Por todo lo qual han sido notablete. perseguidos de la gente alterada y lo son el día de oy, y en particular el dicho padre Rector, sin auer dado ocasión alguna. al pueblo, más de lo dicho, y auerles hecho en todo quanto a podido muy buenas obras, y se las hace con toda charidad y amor, conforme a su sancto y loable instituto. Y así mismo certifico que no ha uenido a mi noticia que el dicho Pe. Rector ni otra persona de la dicha Compa. se aya descuydade en palabra ni en obra en cosa contra el real seruicio, bien y pacificación de esta tierra y asiento de las dichas alcabalas, sino seruir en todo como dicho es. De lo qual el excelentísimo Virrey de estos reynos tiene entera satisfacción, y la Real Audiencia, y agradecimiento, y es justo le tenga el Rey nuestro Señor y su Consejo, amparando y faboreciendo la dicha Compa., para que mejor pueda seruir a Dios nuestro Señor y a su Magd., pues los della no pretenden otro premio ni gratificación temporal, certificando que ningún presidio tiene su Magd. tan seguro para la lealtad y guarda de su tierra, como es la casa y collegio de la Compa. de Jesús, que su Magd. tiene en esta ciudad. Y para que dello conste, di la presente, firmada de mi nombre y sellada con el sello de mis armas, y refrendada del escriuano infra escripto. En Quito a diez de marzo de 1594 años. Po. de Arana. Por mandado del General. Gaspar Fernández, escriuano del Rey nro. Señor".

Pero sobre manera interesante es escudriñar no sólo la actitud material, por decir así de los Jesuitas en las Alcabalas, sino su posición doctrinaria y jurídica respecto a la licitud del ejercicio de las armas en contra del General del Rey.

Las personas honradas de esta ciudad consultaron con los sacerdotes doctos para saber qué camino tomar en estas circunstancias; pero fue para quedar más perplejos pues se encontraron que había división de opiniones también entre ellos. El P. Bedón, dominico quiteño, condenaba la manera de poner las Alcabalas en Quito, sostenía que el pueblo tenía derecho a

que se oyesen sus representaciones y acababa desaprobando la conducta del Presidente Barros, parecer que traducido para el pueblo era sostenerlo en su posición revolucionaria.

El P. Diego de Torres examinó en cambio, la licitud de la guerra que los quiteños querían hacer contra Arana y declaró que en ella no concurrían las tres causas que exige Santo Tomás para que fuese justa y así declaró juntamente con el P. Domingo de los Reyes que pecaban mortalmente los que se oponían a Arana, estaban obligadas a la restitución y no podían ser absueltos.

Lo que más nos llama la atención en la resolución anterior es ver la fuerza que dan ambos religiosos a los planes de independencia completa y alianza con Inglaterra de que se acusaba a los conjurados, dato que nos confirma la narración del testigo presencial Ordóñez de Cevallos y que es argumento para señalar esta revolución, como nuestro primer grito de independencia.

No nos extrañará, pues que exista una Real Cédula de Felipe II en elogio de la Compañía de Jesús y más particularmente de los Padres Diego de Torres y Morolo, y que harto cuidado debieron tener los del Real Consejo de Castilla en ocultarla a su sucesor Carlos III.